

Pensar-comprender la sexualidad del primate paradójico. (Del cómo concebirla al cómo abordarla)

Maestro Xabier Lizarraga Cruchaga
DIRECCIÓN DE ANTROPOLOGÍA FÍSICA-INAH
informatica.daf.cnah@inah.gob.mx



Ayacucho, desde La Picota © Abilio Vergara Figueroa

El *Homo sapiens* es un animal... y como tal tenemos que pensarnos. Nada nos permite imaginarnos a nosotros mismos como otra clase de seres. Somos un animal más, pariente lejano de bacterias, peces, dinosaurios y felinos; más próximo al conjunto de los primates y apenas distante de algunos de estos (gorilas, orangutanes, chimpancés y bonobos). Como nosotros, los simios antropoides son capaces de

reconocerse como individuos en el reflejo de un espejo y de reconocer en éste a otros individuos de su propio grupo; pero a diferencia del resto de tales primates, somos un tipo de animal que pretende conocerse y comprenderse a sí mismo.¹

Desde la Antropología del Comportamiento es necesario ver al animal humano como una forma viva, signada por dos tendencias que dan dirección y sentido a sus

acciones, a sus impulsos, motivaciones e intenciones:

- 1) tendencia al hedonismo: la búsqueda del bienestar, se signifique éste como se signifique —tendencia que compartimos con el resto de las especies animales—, y
- 2) tendencia a la desmesura: la propensión a crearnos necesidades y satisfactores, y a no dejar de idear nuevos objetivos, de buscar nuevas cosas que hacer, nuevas metas que

alcanzar y nuevos retos que superar (sean de velocidad, tamaño, duración o eficiencia), tendencia que de manera incipiente ya alcanzamos a identificar en algunas cuantas especies.²

De hecho, quizás debemos a esa segunda tendencia (y al gran desarrollo de nuestro sistema nervioso, que la hace posible y sustenta), que seamos esa rara especie que dedica mucho de su tiempo a imaginarse a sí misma y a construir imágenes mentales del mundo, de las cosas, del tiempo y el espacio, a crear una realidad-formal configurada a base de creencias y descubrimientos, de abstracciones, simbolizaciones y significaciones plurívocas.

Si realmente deseamos abordar el estudio de nuestros procesos y de los fenómenos, tanto biológicos como psicológicos, sociales y culturales que nos hacen ser lo que somos, tenemos que reconocer, además, que el animal sapiens es un primate paradójico:³ somos una forma animal en la que las contradicciones no son ni excepcionales ni superables, son inherentes, inevitables y entrañables. Prácticamente libre de controles biológicos del comportamiento (léase, instintos),⁴ el primate humano crea y programa (para sí y para otros) diversos caminos e innumerables controles sociales y culturales; se crea barreras y permisos, vía las creencias, la ley, la moral, la ideología y la ética, al tiempo que idea maneras y estrategias para evadirlos o violentarlos.⁵ El animal humano, con frecuencia, se afana en buscar aquello que no desea encontrar o que le asusta, y pretende mejorar su existencia deformando o destruyendo lo que necesita, incluso no es raro que llegue a angustiarse por saber aquello que preferiría ignorar... y en el campo de la sexualidad podemos encontrar numerosos ejemplos de ello.

Obsesionados por averiguar no sólo cómo somos, sino porqué so-

mos como somos; por descubrir de dónde venimos, qué queremos y qué nos motiva a hacer una cosa y no otra, qué nos estimula y porqué, cuándo y dónde, etcétera, convertimos nuestra existencia en un ir y venir de “dimes y diretes” que se ramifica y expande. La sexualidad, por tanto, la significamos como algo de lo mucho que, hoy por hoy, no sólo se vive cotidianamente, sino que nos interesa y consideramos necesario e importante comprender y explicar; un fenómeno difícil de precisar y delimitar como objetivo de estudio, por lo que deviene en campo de investigación inevitablemente polémico. Y si pretendemos que no sea polémico, simplemente terminaremos por trivializarlo hasta hacer de nuestra sexualidad una caricatura poco afortunada.

En numerosos estudios sobre la sexualidad humana los investigadores tienden a (o se conforman o comprometen con) centrar su atención en una época (periodo histórico o momento biográfico), en una sociedad, grupo o sector poblacional, en una tradición socio-cultural o, incluso, en un sexo en particular (casi siempre a partir del absurdo prototipo que pensamos que es el macho heterosexual y adulto de la especie, convertido en referente ab-

soluto). Otros investigadores enfocan su trabajo hacia lo puramente biológico, al papel que juegan las hormonas o al peso que en ello tienen los genes, las hormonas o la actividad cerebral; desatendiendo a los sujetos sociales en tanto tales, y más o menos insensibles a los ambientes que los individuos crean y en los que se expresan. Muchas veces pretendemos aproximarnos al conocimiento de la sexualidad, pero indiferentes a los significados de las caricias o de los miedos, sin tomar en cuenta las ontogenias singulares y las presiones u oportunidades que resienten o encuentran los individuos en su entorno... no sólo en su entorno familiar, sino en el más amplio de la cultura, los afectos y las instituciones sociales, tales como la familia, el matrimonio, la Iglesia, la ley...

Algunos investigadores se interesan por las anécdotas, mientras que otros las desprecian. Hay quienes se concentran en las frecuencias, en las casuísticas, en las sumas y las restas, en los porcentajes, las desviaciones standard, las percentilas, las concentraciones y la significancia estadística; mientras que los hay que prefieren no pensar en mediciones y enfocan su atención en la ilicitud o legalidad de los actos, en



Unos trabajan, otros conviven © Abilio Vergara Figueroa

la virtud o en lo pecaminoso de los deseos, en la inequidad social, política y jurídica entre los sexo-géneros o en las singularidades y matices de las preferencias sexo-eróticas, en las modalidades del deseo o en las expresiones comportamentales de la sexualidad.⁶ Los hay que escogen la comparación etnográfica y aquellos que consideran prioritario conocer el papel que juegan los encuentros sexuales en términos de salud o de epidemias como el SIDA. Otros más desvían la mirada de tales intereses mórbidos y deciden estudiar el peso que tiene lo sexual (así, en abstracto) en los mass media, en las manifestaciones artísticas o en la publicidad.

Y así sucesivamente...

No está de más ninguna de tales formas de abordar la sexualidad, porque el primate humano es polimórfico y polifónico (incluso en ocasiones, tan perverso y arrogante que se crea una realidad exclusiva, con marca registrada, como el llamado *american way of life*). Ninguna investigación conseguirá nunca abarcar la sexualidad toda y ninguna desmiente totalmente a las demás, en la medida en que no hay una verdad que sustituya a otra, sin dejar un resquicio por el que se cue-len nuevas dudas, incisivas contra-argumentaciones o la posibilidad de construir nuevos datos o volver a trabajar los ya construidos, susceptibles de ser vueltos a analizar y a significar. Ninguna investigación, por tanto, puede desplazar o anular a otra; sólo acompañarla y, todo lo más, intentar hacerle sombra o eco.

Sin embargo, el estudio de la sexualidad del primate humano demanda, sin olvidar nuestra animalidad comportamental, precisar principios y modelos teórico-metodológicos que acompañen a los ya ideados para conocer y comprender el comportamiento sexual de otras especies. No es del todo recomendable limitarnos a la observación a



La calle del civismo © Abilio Vergara Figueroa

distancia de los rasgos sexuales, de los movimientos de aproximación y distanciamiento entre los individuos, ni conformarnos con registrar con detalle y rigor los periodos de fertilidad, las posiciones para efectuar la cópula o las actividades que preceden o suceden a los encuentros o desencuentros sexo-eróticos. El estudio de la sexualidad del primate sapiens no puede (ni debe) limitarse a una revisión minuciosa de lo que podríamos llamar, las dinámicas y las lógicas de la reproducción o, en el mejor de los casos, de la obtención de orgasmos... aspecto que con frecuencia suele privilegiarse en gran parte la investigación actual. Para sapiens, nos guste o no, la sexualidad es algo más que una serie de mecanismos fisiológicos y una serie de acciones encaminadas a perpetuar la especie o el grupo, y tampoco se agota en el acto de liberar una tensión hormonal o psicológica, en dar salida a una excitación o fantasía.

Como en la mayoría de las especies mamíferas, en el caso sapiens la sexualidad no es sólo biología y no tiene un único significado, va mucho más allá de los fines reproductivos y media la relación entre los miembros del grupo, vía la generación de

vínculos de muy diverso signo.⁷ Y en ese sentido, su sexualidad, como la de cualquier otra especie gregaria, se abre un abanico de direcciones y sentidos, dando al comportamiento individual y colectivo un sinfín de significaciones. En nuestra sexualidad se combinan la razón y el delirio, nuestra naturaleza *Homo sapiens-demens*; por consiguiente, es necesario no perder de vista que, en todo ejercicio de la sexualidad, subyacen la ideología, la política, la economía, las sensaciones aprendidas, las emociones compartidas, la valoración y la imaginación, el arrebato y el delirio... Y así, la sexualidad del primate humano deviene prosaica y poética, en definiciones y metáforas, en textos y texturas. Se expresa en términos variopintos de intereses, erotismos y apetencias (a veces inexplicables para los demás); no sólo es acción observable, también es deseo, intención, expectativa, narración, discurso y susurro...

Nuestra sexualidad es idea en movimiento y es movimiento interpretado, significado, socializado y transmitido a las nuevas generaciones. No es ajena a la perpetuación de los grupos y de la especie, pero tampoco lo es a ese estar-siendo histórico de cada grupo social y al

estar-siendo biográfico y cotidiano de cada individuo, en tanto que sujeto social, cultural y afectivo; por lo mismo, también es fenómeno histórico y fenómeno cotidiano, íntimo a la par que público.

La sexualidad es un complejo imperativo comportamental que atraviesa todo lo que somos, lo que hacemos y sentimos; media el cómo vemos a los demás y el cómo nos ven, el cómo percibimos lo que somos y lo que nos rodea, el cómo abordamos un problema a resolver (o cómo generamos problemas interpersonales); no hay distancia tangible entre nuestra sexualidad y el cómo significamos el mundo y la sociedad en que vivimos. En consecuencia, la sexualidad también impregna las perspectivas (y los objetivos) de cualquier investigación relacionada con el ser y el hacer del propio animal humano. Sin embargo, eso no significa que todo sea finalmente sexual, que el sexo y lo sexual sean el epicentro de nuestras múltiples y dinámicas realidades. No, lo sexual no es el centro ni el origen ni el detonador de todo lo que somos y hacemos, de lo que pensamos y sentimos, pero es un mediador inevitable, insoslayable; del mismo modo como también median todo nuestro comportamiento (toda nuestra actividad, incluidas nuestras conductas y respuestas sexuales) los otros imperativos comportamentales: la agresividad,⁸ la territorialidad⁹ y la inquisitividad.¹⁰

Todo lo que supone y deriva de ser animales sexuales, flexibles y plásticos y generadores de cultura y ambientes, hace que sea imprescindible pensar la sexualidad en términos de complejidad y cambio, por lo que resulta inoperante constreñirla a la forma singular de nombrarla. La idea de una sexualidad humana no es más que una abstracción más o menos operativa, que con frecuencia deriva en errores de apreciación. Es necesario pensar en términos

de diversidad y variabilidad (genital, morfológica, emocional, social, cultural, etcétera): pensar en sexualidades. Para abordar su estudio y comprensión requerimos de múltiples miradas y de una perspectiva transdisciplinaria, que dé cuenta de la flexibilidad y plasticidad de los fenómenos y procesos involucrados (biológicos, psico-afectivos, sociales y culturales), así como de aquello que sobrevuela a las cuantiosas lógicas y dinámicas que subyacen en tales procesos y fenómenos.

Antes de atrevernos, desde el hacer académico, a generalizar y hablar de la sexualidad, como si se tratara de una realidad monolítica o unívoca, es necesario reconocer que la sexualidad de cada uno es caudalescópica porque es parte de un Yo-individuo en constante cambio, en interacción y retroacción con un entorno multifactorial, heterogéneo y dinámico. Es importante, por ende, no perder de vista que la sensibilidad y la actividad de sapiens es auto-referencial y socio-referencial, a un tiempo, por lo que todo su comportamiento es, simultáneamente, ego-céntrico y socio-céntrico. El yo-individuo deviene, así, en persona y en sujeto social, y su entorno en contexto disposicional de acciones,

reacciones y retroacciones. Por ello, es importante dejar atrás la vieja y engañosa fórmula que presupone que el comportamiento (el conjunto de actividades y conductas) es la resultante de una biología más un medio ambiente. Asumámoslo, no existen ni biología en el vacío que puedan ser sumadas o restadas a medios ambientes, ni existen medios ambientes sin aquellas biología que les den contenido vivo y que singularicen los espacios constitutivos de un entorno amplio y expansivo.

Desde una perspectiva antropológica cabe pensar a los individuos como una endogenia —constituida por una serie de componentes— que forma parte de una exogenia —también con diversidad de componentes—, y que ésta última se significa como entorno ecológico y disposicional. A partir de ahí, es posible reconocer que toda actividad y conducta sexual, como todo comportamiento, no es una resultante sino la forma en que el organismo (la endogenia) está y participa del mundo y sus escenarios (la exogenia), a través de numerosos intercambios, interacciones y retroacciones (así como se dan interacciones



Plaza y conmemoración © Abilio Vergara Figueroa

y retroacciones entre los diversos componentes constitutivos de una y otra).¹¹

Nuestra sexualidad más que biología pura y dura es parte activa de una dinámica compleja entre un adentro (la endogenia) y un afuera (la exogenia); supone una dinámica plural del sentir-pensar-hacer generadora de una doble radiación psicoafectiva, con una sola dirección pero en dos sentidos, por lo que las emociones y los afectos impregnan tanto al individuo como al espacio en el que éste se mueve y expresa, produciéndose una psicoósfera que deviene en ambientación.

Es necesario pensar las sexualidades como fenómenos y procesos constitutivos de nuestra cotidianidad toda —de nuestro estar-siendo-sintiendo—, que imprimen sentido y matizan nuestros espacios de acción. No podemos obviar (y mucho menos olvidar) que la sexualidad (así, en abstracto) configura parte del somos, a la vez que media (y está mediada por) nuestro devenir ontogénico y por un devenir histórico, cultural y afectivo del grupo-sociedad al que pertenecemos... independientemente de que los escenarios de nuestras acciones tengan un carácter más o menos permanente, transitorio u ocasional.

Permítaseme, a modo de ejemplo, abrir ventanas a dos posibles escenas en las que las sexualidades de los individuos-sociedad-especie, aunque parecieran no estar presentes, son protagonistas; también a través de fragmentos de vida como esos tendríamos que ser capaces de abordar el estudio de la sexualidad toda:

1) Una madre amamanta al bebé, un padre pule una herramienta de piedra, una hija prepara el alimento para el grupo familiar y un hijo observa con atención los movimientos de su padre al trabajar; todos ellos más o menos cerca de la hoguera que templea el refugio. Otro de los

hijos quizás está más ausente que presente, imaginando un mundo propio en el que realizará las hazañas que al parecer le auguró el viejo chamán.

2) La madre se escandaliza al descubrir lo que su hijo de 13 años escondió debajo de la cama; éste protesta y —antes de salir corriendo— le arrebató un cuaderno y dos revistas muy manoseadas, que la madre parecía exhibir como prueba inapelable de un delito. El padre demanda silencio, mientras amonesta a una de sus hijas, que estrena su inexplicable adolescencia y que sin mediar defensa o excusa, se encierra en su habitación. Otro de los hijos —ya casi reconocido como adulto— no ha llegado ni llamado. La abuela, entre voces y contradanzas, teje y desteje las lágrimas y las intrigas con que la televisión ameniza sus días, al tiempo que el bebé llora casi hasta la asfixia.

Da igual qué escena y qué personajeselijamos; uno y otro ejemplo dan cuenta de una dinámica de individuos y de momentos, y lugares que se van diluyendo con el día; son instantáneas de grupo, que mañana o dentro de un mes o dentro de varias lunas nadie recordará, aunque en ambas escenas se cocina

algo que no siempre resulta fácil de identificar, mucho menos de digerir y asimilar: se cocinan y recalientan las sexualidades de cada uno de los personajes.

Mucho limitaremos nuestros haceres académicos si sólo estudiamos la sexualidad ahí donde parece del todo evidente porque detectamos un órgano sexual, un acercamiento explícito o un contenido erótico. La sexualidad no es un algo compacto que está ahí para que lo observemos, midamos o contrastemos; es un devenir de biología, de considerandos sociales y culturales, de afectos y roces... es un fenómeno emergente, al tiempo que creado, incluso provocado por numerosos factores y componentes que pueden, en principio, no estar al alcance de la vista o la comprensión del observador. Y si se me permite seguir con la metáfora culinaria, me atrevo a decir que las sexualidades se cocinan día a día, momento a momento y en todo lugar, a partir o a contracorriente de normas, regulaciones, patrones e imitaciones, respondiendo a creencias, sueños y premoniciones; sazónadas por deseos sin contornos del todo regulares y sin significación unívoca.



Ayacucho, Calle 2 de Mayo © Abilio Vergara Figueroa

Todos los individuos y los actos, sin embargo, se corresponden en más de una forma, porque todos derivan de un devenir evolutivo, histórico y ontogenético que se da en un entorno disposicional lleno de contrastes y contradicciones. La exogenia singular del individuo o del grupo predispone las posibilidades de ser y hacer (lo que fuere) de cada sujeto social, influido y modulado por los demás, en la medida en que éste siente, desea, concibe, propone, imagina y genera vínculos (fugaces o más o menos estabilizados), que a su vez son matizados por miradas, sonidos, texturas, temperaturas y por laberínticas bioquímicas que delinean los contornos y las profundidades del organismo vivo, de una endogenia en concreto.

Para las diferentes sexualidades y las manifestaciones de éstas, los escenarios, los momentos y la iluminación cambian, como cambian los rasgos y matices afectivos de los actores; pero de alguna manera las escenas siempre se repiten: cada individuo vive su propia sexualidad a tiempo completo, y vive la sexualidad de los demás, sin reparar conscientemente en cuánto de lo que lo rodea roza, mueve o deforma su Yo-sexual y lo sexual de los demás.

Abordar el estudio de las sexualidades de sapiens es empresa inacabable, no sólo difícil y extenuante. Obliga a dar giros, a improvisar y rastrear, a retornar y reconstruir, incluso a apostar —como en una novela policíaca— por los posibles móviles (y consecuencias) de las acciones, a buscar evidencias o huellas dejadas por el deseo o el arrebató, por la penitencia o la técnica orgásmica aprendida, por los estilos de vida.

Si quisiéramos elaborar una metodología rigurosa, quizás nos viéramos tentados a generar un listado de pasos a seguir, tipo:

A) Descubrir qué personajes están involucrados en las experiencias so-



Iglesia Santo Domingo, Ayacucho © Abilio Vergara Figueroa

cio-sexuales y/o sexo-eróticas que se pretenden estudiar,

B) Identificar estímulos efectivos, que convierten a cada personaje en protagonista de acciones y experiencias únicas,

C) Detectar los lugares y tiempos que ocupan y consumen los personajes en vivir sus encuentros (o desencuentros), según sus propios parámetros de apreciación y significación,

D) Descubrir falsas pistas dejadas en almohadas y rincones, giros y guiños,

E) Identificar objetos y situaciones de deseo, tal vez no reconocidos por los mismos personajes,

F) Desentrañar el papel que juegan en las vivencias, creencias, ideologías y aprendizajes;

G) Desvelar apariencias y posibles simulacros,

H) Desenmascarar miradas y estrategias que subyacen en una sonrisa, un gesto, un quejido o una palabra,

I) Esclarecer los numerosos accidentes que matizan los erotismos (incluidas las mutaciones genéticas, las bioquímicas, las disfunciones sexuales y las erráticas tomas de decisión),

J) Describir y analizar características y cualidades sexuales orgánicas del protagonista o de los actores involucrados en la experiencia sexual,

K) Detectar problemas de tipo biológico o psico-afectivo, social o cultural que afecten al individuo, a la pareja o al grupo...

Y un larguísimo e irrealizable etcétera.

Enlistado, a todas luces, interminable, porque siempre dejaríamos fuera algo... aunque sólo fuere aquello que, por improbable (o aparentemente improbable), ni siquiera llegamos a imaginar que está presente.

Sin dejar de ser académicamente rigurosos y disciplinados, olvidémos de pretender ajustar la investigación sexológica a una secuencia inalterable de pasos a seguir. Ni el animal humano ni sus sexualidades son reducibles a fórmulas precisas o a cuestionarios (siempre limitados y limitantes). Las fórmulas sólo pueden resultar aproximadas y los cuestionarios que, no obstante, son herramientas útiles y resultan en alguna medida instrumentos válidos, cómodos y rentables; aunque los pretendamos objetivos, inevitable-



Memoria y violencia, Ayacucho © Abilio Vergara Figueroa

mente resultan subjetivos... siempre son más un reflejo de lo que el investigador desea o piensa que podría encontrar, que una verosímil aproximación a lo que pretendemos conocer. Hagamos lo que hagamos, hemos de ser conscientes y asumir que no es del todo posible escapar de la subjetividad; en virtud del interminable cúmulo de variables a considerar, de los posibles puntos desde los que se puede mirar y de los infinitos matices que perturban toda definición y todo fenómeno. No importa por dónde comencemos y hasta donde lleguemos en nuestras investigaciones, siempre estaremos aferrados a un arbitrario punto de partida... que de antemano establece el investigador.

Investigar es un eterno comenzar la aventura de conocer-comprender y de confrontarnos con nosotros mismos (seamos o no conscientes de ello). Después de años de indagar e incluso de espiar las sexualidades ajenas, siempre nos encontraremos en los umbrales de lo posible y lo improbable, confundidos por las contradanzas de lo prohibido y lo normado, de lo expuesto y lo oculto, de lo evidente y lo impensado-impensable (pero imaginable), de lo dicho y lo silenciado. Las sexuali-

dades permanecerán, ante nuestros ojos, como un espectro de alucinaciones sugerentes e hipnóticas, pero inalcanzables en su totalidad, inabarcables. Tenemos, pues, que resignarnos a estar siempre varios pasos atrás de lo que sucede; y lo que a veces resulta aún más difícil de asumir, resignarnos a caminar casi sin rumbo por una pretendida ruta, porque toda ruta se torcerá que en repetidas ocasiones y nos llevará a la deriva, jugando con nuestra cada vez más oxidada y ebria Rosa de los Vientos.¹² Nuestros conocimientos siempre serán, por consiguiente, construcciones resbalosas y fantasmales, que más que de la realidad-real de lo que pretendemos estudiar, emergen de nuestras propias ansiedades e inquietudes.¹³

Como estudiosos y curiosos de las sexualidades nos vemos obligados a innovar incluso el lenguaje y a imaginar y proponer taxonomías, jerarquías y categorías operativas; siempre mediadas y matizadas por el sientio y el creio de quien estudia y de quienes son estudiados; toda taxonomía, jerarquía y categoría es texturizada (y articulada con otras) por el impertinente yo considero que... Nuestros conocimientos son siempre meras construcciones

emocionales, mentales y lingüísticas, construcciones subjetivas que parten de nuestras experiencias personales, cautelosamente cobijadas por el prestigio de una academia u oficio y expresadas a través de palabras no por todos comprendidas de la misma forma. Toda investigación, por ende, requiere de un respaldo sólidamente construido, en el que subyazca una corriente de pensamiento, una toma de posición socio-política y un auténtico compromiso (incluso emocional) con aquellos a los que espiamos y presionamos con preguntas y miradas.

Pensar y hablar de las sexualidades del animal humano implica pensar y hablar de nuestra sexualidad; supone un compromiso con el Yo y con el Otro, con el nosotros; y no podemos menos que hacerlo asistidos por la conciencia animal (ese darse cuenta de las cosas) y por nuestra férrea o plástica conciencia específicamente sapiens (ese valorar aquello de lo que nos damos cuenta); esa conciencia que vamos configurando impulsados por el devenir de nuestra historia (personal y grupal) y regidos por la desmesura de nuestro hedonismo.

Siempre estaremos un poco ciegos, sin real acceso a la realidad-real, embelesados por las realidades formales que hemos venido imaginando ordenadas, perfectas, mensurables, universales e inapelables; envueltos como estamos por las realidades formales que configuran el telón de fondo de nuestro entorno académico y social.

Podremos, no obstante, si nos conformamos con objetivos delimitados de antemano, conseguir una aproximación a la realidad-real e incluso confirmar alguna hipótesis verosímiles; pero el principio de humildad (necesario en toda investigación) y el principio de incertidumbre, nos obligan a encerrar nuestras ideas y opiniones sobre el

orden de la naturaleza, de lo social o lo emocional, en un marco flexible de supuestos y premisas (siempre discutibles); sólo válido en la medida en que nos permite asideros transitorios. Nuestros saberes son impermeables a las certezas e irreducibles a verdades que se pretendan definitivas, porque toda verdad es tentativa, es efervescente y transitoria. La Verdad (así, con mayúscula) —como la vanguardia en el arte— es soberbia, amén de obsoleta a partir de que es enunciada; las verdades (con minúsculas), por su parte, devienen satisfactorias pero fugaces, ilusorias e ilusionadas.

Ahora bien, en la medida en que necesitamos algo que se parezca a una certeza, sin mediar arbitraje alguno hemos decidido que para hablar de la sexualidad es inevitable hablar de los sexos, aunque no siempre estamos tan dispuestos a hablar de todo lo que el sexo, en el caso sapiens, supone: sus secuelas físicas, emocionales, sociales y culturales, históricas y biográficas... es decir, además de genitales y gónadas, la sexualidad del primate humano se da en sexo-géneros, identidades, miradas, deseos, nacimientos, vínculos, perversiones, normas y regulaciones, pieles, modas, lenguajes,

confesiones, orgasmos, vergüenzas, espacios públicos, privados e íntimos; hormonas, ocultamientos y silencios, maquillajes, anticonceptivos, roles, ideologías, ritos de paso, pecados... y así, hasta los confines del Cosmos.

Hablar de lo sexual y de las sexualidades implica, de manera extensa, hablar de vida (y de su reproducción física y social) y hablar de muerte (y de su re-elaboración cultural y afectiva);¹⁴ implica hablar de emociones y frustraciones, de ilicitud y legislación, de expectativas y secretos, de congojas e incluso de fatalismos... También de fundamentalismos, intolerancias y fobias que hunden sus raíces en creencias, envidias, ignorancias y miedos.

En otras palabras, como astutos Perogrullos, tarde que temprano descubrimos que para hablar de las sexualidades es imprescindible abordar la exploración de un yo o un tú sexual y de un nosotros sexualizado (ambos en movimiento y transformación constantes). Ahora bien, casi siempre nos resistimos a hablar de todo ello con la misma naturalidad con que hablamos del clima, de la guerra, del arte, del deporte, de la ecología, del trabajo, del ocio, de la ciencia o de la historia nacional...

Y solemos abordar los fenómenos y las problemáticas con cautelas y eufemismos, con tecnicismos y con la solemnidad reverencial que utilizamos cuando hablamos de los tan traídos y llevados Derechos Humanos. Por lo general, solemos hablar de lo sexual protegiéndonos a nosotros mismos, amparándonos en discursos éticos y morales pretendidamente universales, que devienen en punto de vista quejumbroso al servicio de un maniqueísmo institucionalizado (Vg. el discurso de lo políticamente correcto).

Antes de iniciar cualquier investigación sobre las sexualidades de los otros, reconozcamos que la sexualidad está aquí, en nosotros y a nuestro alrededor, en la acción y en la intención... que fluye, que es imparable, incluso insolente en su presencia y en sus demandas, que es susceptible a fracturas, disonancias y colisiones; y que no sólo es una presencia, es un inevitable.

Habrà, pues, que imaginar diversas formas de buscar respuestas a nuestras más inmediatas preguntas, buscar satisfactores a nuestras constantes dudas, explicaciones a nuestras variopintas obsesiones; delinear contornos a nuestras inquietudes y construir algún orden, alguna secuencia o parámetro para nuestras observaciones (incluso para que se asienten nuestras conclusiones, por más frágiles o sólidas que lleguen a ser). Habrà que idear estrategias para dar cuenta de una aproximación verosímil al conocimiento de algo que no es, sino que emerge y se transforma constantemente en el estar-siendo de cada uno.

La sexualidad, por ser plural y dinámica, finalmente abarca todo lo que de ella se ha dicho y escrito, afirmado y negado, defendido y atacado... Más: desborda lo pensado. La sexualidad de sapiens contiene todas las verdades y todas las mentiras que se han dicho sobre ella, que se



Plaza del Arco, Ayacucho © Abilio Vergara Figueroa



Ir, detenerse, estar © Abilio Vergara Figueroa

han concebido, imaginado, escrito, juzgado, esgrimido, negado, planteado, soñado, defendido, supuesto, criticado, avalado y reprimido. De hecho, a todas esas variables las hace posibles y a todas las rebasa. Y aún así (o por ello), queda sin definir, sin precisar.

Insisto una vez más, tendremos que resignarnos. Las sexualidades exceden las capacidades de quienes pretendemos estudiarlas y desbordan las posibilidades de toda investigación, por lo que tenemos que dejar atrás y a un lado numerosos fenómenos, procesos, problemas y detalles, y determinar los qué concretos de la aventura investigativa que se deseamos emprender, así como definir los límites que prefiguran, dan contorno y determinan los posibles caminos que se emprenden —independientemente de aquellas limitaciones y sugerencias no previstas, que siempre salen al paso—. Investigar la sexualidad demanda mirar continuamente tanto a un lado y otro de nosotros, como al mismo espejo, y luchar contra las amnesias que, con frecuencia, nos protegen de nuestros miedos más íntimos o de ansiedades no reconocidas.

Y como las sexualidades del animal paradójico por excelencia no se agotan en el vivir de los individuos, la investigación de

la sexualidad sólo puede quedar en una interminable sucesión de puntos suspensivos.....

Notas

¹ Ver: Lizarraga, X., 2002.

² Ver: Lizarraga, X. 1995 y 2002.

³ Ver: Lorite Mena, J. 1982, y Lizarraga, X., 2002.

⁴ Desde la Antropología del Comportamiento, los instintos son respuestas y conductas programadas genéticamente, que el organismo no puede ni reprimir ni modificar (a diferencia del impulso), y cuya intensidad depende de la intensidad del estímulo que la desencadena. Ver: Lizarraga, X. 1993 y 1995.

⁵ “Hecha la ley, hecha la trampa” —reza el refrán popular.

⁶ Léase, aquellas formas y modalidades de ejercer y/o buscar realizarse no sólo como individuo sexuado, sino como sujeto erótico; vg. zoofilia, gerontofilia, paidofilia, necrofilia, tribofilia, iconofilia, alterofilia, escatofilia, transvestismos, sadismos, masoquismo y un largo etcétera, tan amplio y flexible como la imaginación misma.

⁷ Con frecuencia solemos pensar las conductas sexuales sólo en términos de una sensualidad que, directa o indirectamente involucra a la anatomía y la fisiología sexuales, pero también subyacen en aquellas conductas relacionadas con las dinámicas y lógicas de la organización social; en el caso humano, los sistemas de parentesco son uno de los muchos ejemplos que podrían mencionarse.

⁸ Imperativo activado por el miedo o el temor, y que supone la capacidad de acometer. Ver: Lizarraga, X. 1993 y 1995.

⁹ Imperativo movilizado por la sensación de vulnerabilidad y que encarna la posibilidad de discriminar, valorar y significar los espacios. Ver: Lizarraga, X. 1993 y 1995.

¹⁰ Imperativo que es desencadenado por la curiosidad y que deviene en preguntas, reflexiones, creaciones y delirios. Ver: Lizarraga, X. 1995

¹¹ El término exogenia, como el de endogenia, se proponen desde una perspectiva antropofísica del comportamiento para referirse al entorno (el primero) y al organismo (el segundo), cuando se estudia el comportamiento de un individuo; puede utilizarse “exogenia” para aludir a una sociedad, a un medio ambiente, a un ecosistema o al planeta en su totalidad (o bien al Cosmos) cuando la unidad de estudio no es el organismo (o individuo), sino una sociedad o la especie; en estos casos, el término “endogenia” haría alusión a tales unidades de estudio. Ver: Lizarraga, X. 2002.

¹² De hecho, ningún primer viaje que suponga una deriva deviene en ruta; ésta se establece siempre a posteriori, con el recuento y ordenamiento de los puntos tocados. Al respecto, ver: Hayles, K. 1998.

¹³ Ver: Dereverux, G. 1977.

¹⁴ Cabe recordar que el fenómeno de la muerte también es mediado por ideas y creencias en relación con lo sexual.

Bibliografía

DEREVERUX, George, De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento, Siglo XXI Editores, México, 1977.

HAYLES, Katherine, La evolución del caos, Gedisa editorial, Barcelona, 1998.

LIZARRAGA, Xabier, “Comportamiento humano: interacción de complejidades”, Ludus vitalis, volumen I, número 1, México, 1993.

-----“El placer hizo al hombre (y el displacer a la humanidad)”, Ludus vitalis, volumen III, número 4, México, 1995.

“Pensar al primate humano: pensar en hominización-humanización”, en Pérez-Taylor, R. Antropología y complejidad, Gedisa editorial, Barcelona, 2002.

LORITE Mena, José, El animal paradójico —Fundamentos de antropología filosófica—, Alianza Universidad, Madrid, 1982.